

Los estratos medios de la sociedad en el movimiento revolucionario. La revolución de 1933 en Cuba

MARCIN KULA

Al examinar la sociedad del siglo XIX, los fundadores del marxismo previeron una desaparición gradual de la clase media. Según el famoso enunciado del Manifiesto Comunista, la sociedad entera se dividía cada vez más claramente en dos grandes clases opuestas: la burguesía y el proletariado. Desde entonces la clase media no sólo no ha desaparecido sino que puede observarse respecto a ella un crecimiento cuantitativo tanto en los países desarrollados como en los atrasados económicamente. En el caso de estos últimos se habla de la hipertrofia de las clases medias causada por una urbanización desproporcionada respecto del nivel de desarrollo económico. Los grupos relacionados con el comercio y los servicios, las pequeñas industrias y una intelligentsia ampliamente sobrentendida —funcionarios públicos, abogados, estudiantes— constituyen un conjunto inconmensurablemente vasto, al cual se podría incluir en los estratos medios, dejando aparte el hecho de que una definición teórica de dichos estratos (especialmente en las categorías de una correspondencia con los medios de producción) ocasionaría dificultades. Su papel político, considerable en todas partes actualmente, se ha incrementado en los países en vías de desarrollo por el hecho de que otros grupos sociales, tales como una burguesía débil, un campesinado fragmentado y una clase trabajadora dividida por una parte en pobreza extrema y por otra en una “aristocracia de la clase obrera” específica, se caracterizan frecuentemente por una expresión débil de sí mismos. En muchos movimientos revolucionarios surgidos en el Tercer Mundo los estratos medios desempeñaron un papel trascendental o bien constituyeron una fuerza de movimiento fundamental. Tal fue el caso de la revolución cubana de 1933, la cual precedió a la de 1959 tal como la revolución rusa de 1905 antecedió a la Revolución de Octubre.

Además de la trascendencia del desarrollo del movimiento obrero en las plantaciones azucareras y del levantamiento de los sargentos del ejército

durante el curso de la revolución, la actividad de los estudiantes, abogados, funcionarios públicos, médicos, etcétera, revistió una importancia fundamental. Durante la fase inicial de la revolución, en el transcurso de la lucha contra el dictador Gerardo Machado (1925-1933), dos organizaciones desempeñaron un papel esencial. Éstas eran el Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y la ABC.

La primera organización incorporaba estudiantes de la Universidad de La Habana, la única de Cuba por aquellos días; carecía de un liderazgo de grupo o de un líder, y admitía de 40 a 50 miembros, representantes de departamentos particulares de la universidad. Se formó espontáneamente siguiendo el curso de acontecimientos importantes. En diversas épocas podía encontrarse allí prácticamente a todos los grandes nombres de Cuba. La mayoría de los estadistas cubanos puede añadir a su apellido: "miembro del DEU durante tal año". La organización de manifestaciones estudiantiles y la distribución de panfletos constituyeron algunas de sus actividades. El movimiento estudiantil cubano formó parte de una tendencia que, bajo el nombre de movimiento de reforma universitaria, se extendió por la mayor parte de los países latinoamericanos de aquella época y se originó en la ciudad argentina de Córdoba, donde en 1918 los estudiantes exigieron reformas universitarias. En Cuba, como en otras partes, los estudiantes pasaron rápidamente de los postulados relacionados con la vida universitaria a postulados de naturaleza política general. El presidente Machado, a quien describieron los estudiantes en su manifiesto como una "bestia humana, un Nerón o Calígula resucitado, aún más cruel e indigno que el mismo Calígula, cargado de anomalías psicópatas, anormal y analfabeto",¹ se convirtió en el principal blanco de sus ataques; le advirtieron que en el futuro realizarían un acto de justicia "colgándolo del balcón del Palacio vestido con la misma toga que sobre los hombros de este viejo sátiro lo convirtiera en un ridículo doctor *honoris causa*"² y que no desperdiciarían ninguna oportunidad para alcanzar dicho objetivo.

La organización ABC, de tendencia mucho más derechista que el Directorio Estudiantil, se componía también principalmente de miembros de los estratos medios de La Habana. Agrupaba a jóvenes de las "mejores familias", generalmente estudiantes o graduados. La fundó el abogado Joaquín Martínez Sáenz, quien provenía de una familia acomodada de Oriente. El coautor del programa de la organización fue Jorge Mañach, graduado de Harvard y París, abogado, escritor destacado, fundador del periódico literario *Avance*, y autor de una biografía de José Martí (1933) que contribuyó en forma determinante a formar la imagen que la conciencia cubana tiene del héroe. Uno de los miembros más prominentes de la ABC era Carlos Saladrigas, también abogado. La ABC era una organización secreta y, en cierto sentido, de vigilancia. Siete miembros de su directiva (la cual era absolutamente secreta) formaban la célula A, y cada uno de ellos dirigía

¹ *Islas*, 1971, núm. 38, pp. 45-46.

² *Ibidem*.

un grupo de diez personas en el nivel B. A su vez, cada uno de los setenta miembros del nivel B encabezaba a otros diez miembros del nivel C, y así sucesivamente (de ahí el nombre de la organización). La ABC deseaba responder con el terror al terror que los órganos gubernamentales oficiales habían desatado.

Tras la caída de Machado, provocada por las actividades de la oposición, por el desarrollo del movimiento obrero que culminó con la huelga general de agosto de 1933, y por el retiro del apoyo estadounidense, los estratos sociales medios se adueñaron del poder. Después del efímero gabinete de Carlos Manuel de Céspedes que había nombrado al embajador de Estados Unidos, el Gobierno de los Cinco que los estudiantes establecieron, aprovechando el levantamiento de los sargentos en las fuerzas armadas cubanas (4 de septiembre de 1933) para sus propios fines, subió al poder. Entre los cinco miembros del nuevo gobierno dos eran profesores de la Universidad de La Habana, uno era periodista, otro financiero y otro un abogado. Todos ellos gozaban de estima entre los estudiantes por su actitud en la lucha contra Machado, durante la cual algunos de ellos se mantuvieron en estrecho contacto con los estudiantes. Cuando, después de algunos días, Cuba volvió a un sistema presidencial, los estudiantes fueron también quienes decidieron la composición del gobierno revolucionario, al cual la opinión latinoamericana consideraba como un gobierno estudiantil *de facto*, aun cuando los estudiantes no ocuparan directamente ningún puesto ministerial. Dos miembros de este gobierno simbolizaban la inclusión de los estratos medios en el poder: el presidente Ramón Grau San Martín y Antonio Guiteras, secretario del Interior (en realidad el primer ministro). El primero, hijo de un pequeño comerciante en tabaco, era médico de las mejores familias de La Habana, profesor de fisiología en la Universidad de La Habana, y se había relacionado con los estudiantes al defenderlos durante la lucha en contra de Machado. El segundo era hijo de un profesor de francés; fue activista del movimiento estudiantil durante sus estudios y, posteriormente, farmacéutico.

El gobierno revolucionario se mantuvo durante algo más de cuatro meses; se esforzó por lograr la emancipación política de Cuba y promulgó decretos dirigidos a garantizar una mayor igualdad social. Después de la caída del régimen a mediados de enero de 1934 y la subida al poder de las fuerzas reaccionarias, la "Joven Cuba", compuesta básicamente de jóvenes de los estratos medios, recogió las tradiciones del gobierno revolucionario.

El propósito del presente artículo es examinar qué rasgos entre las actitudes y actividades de los estratos sociales medios se hallaron reflejados en los acontecimientos que aquí se analizan. Según parece, existían los siguientes factores: la predominancia de una lucha hacia la emancipación nacional por sobre otra lucha hacia reformas sociales y económicas; una actitud ambivalente respecto al poderoso vecino de Cuba, Estados Unidos; una relación igualmente ambigua en cuanto al movimiento revolucionario

del pueblo y, por último, una relación ambivalente acerca de una alteración del "orden social" a consecuencia de la revolución.

El movimiento obrero que se desarrolló en las plantaciones cubanas durante ese mismo período exigía la emancipación social de las masas trabajadoras simultáneamente con reformas económicas como postulados prioritarios e independientes. La emancipación nacional debía llevarse a cabo como parte de todo un conjunto de cambios, de una revolución "agraria y antimperialista", como lo describieron el partido comunista y sus sindicatos asociados. Los círculos de las capas sociales medias prevalentes en los sucesos revolucionarios de 1933 vieron este problema desde distinto ángulo. Para ellos, la emancipación nacional era el objetivo fundamental. Las reformas socioeconómicas eran necesarias, pero solamente porque constituían una *conditio sine qua non* para que Cuba obtuviera una soberanía real y no aparente. La posición de Guiteras respecto a este punto era clara:

"Debemos poseer independencia económica. La independencia política no significa nada. Podemos ganar la independencia política fácilmente, pero perderla más tarde."

¿Qué entiende Ud. por independencia económica?, preguntó un periodista que se entrevistaba con Guiteras.

"Tengo en mente una sociedad productiva con los medios de producción en manos del pueblo cubano, no controlados por un capital extranjero ausente al cual protege un gobierno servil que se apoya en la tiranía militar."

Ante eso, el periodista inquirió: "¿Cuáles cubanos tendrían los medios de producción, y en qué forma?"

Guiteras respondió: "Aquellos cubanos que trabajan y producen."³

Este tipo de tendencia hacia la emancipación económica y ciertas reformas socioeconómicas como condición para tal emancipación apareció durante la década de los treinta en varios países de América Latina, surgiendo como resultado de la Gran Depresión, la cual demostró claramente los peligros de una dependencia económica unilateral. En Cuba esta tendencia resultó aún más radical que en otros países. El hecho de que en lo económico Cuba siguiera siendo el país más dependiente de América Latina, de que fuera, como se decía, el azucarero de Estados Unidos, favoreció el descubrimiento de la necesidad de emancipación económica y la relación entre emancipación política y económica incluso antes de que apareciera el Estado cubano. En lo que toca al movimiento estudiantil del cual surgió Guiteras, uno de los activistas fundadores más notables, Julio Antonio Mella, declaró que una nación sin independencia económica continúa siendo esclava.⁴ En uno de los manuscritos inconclusos de Gui-

³ C. Beals, "El John de Cuba", *Bohemia*, 7 de mayo de 1971.

⁴ J. A. Mella, "Cuba, un pueblo que nunca ha sido libre", en *Escritos revolucionarios*, Siglo XXI Editores, México, 1979.

teras puede leerse la siguiente opinión: "Ya que es sabido que la independencia política no puede existir sin independencia económica, el actual gobierno deberá emplear los medios que a su juicio sean indispensables para la consecución de dicha meta."⁵

La actitud que Guiteras mostraba tras la caída del gobierno revolucionario era similar. El programa de la organización "Joven Cuba" utilizaba como punto de partida el interrogante de si los cubanos formaban una nación consolidada. Los autores del programa establecían que pese a la presencia de atributos nacionales tales como unidad física de su territorio, unidad demográfica en tanto que falta de divisiones formales entre grupos de población; unidad de tradición legal e histórica, y a pesar de todo aquello que contribuye a la unidad psicológica de los cubanos y la existencia de lo que pudiera describirse como "carácter cubano", hasta ahora los cubanos no constituyen una nación, pues, a decir del programa, Cuba carece de una "unidad funcional" en lo económico que le permita desempeñarse como una entidad capaz de satisfacer sus necesidades. Cuba sigue en una situación colonial. Su estructura económica no sirve a la satisfacción de las necesidades internas de la comunidad sino a la producción de ganancias dirigidas hacia el exterior. Cambiar esta situación es la primera condición ("la primera línea que se ha de conquistar") para que Cuba disfrute el privilegio de la independencia. Por otra parte, no se puede contar siempre con que Cuba se adueñe permanentemente de su aparato de producción si a los factores de la producción no se les garantiza un rango que corresponda al espíritu de la época, esto es, que se conceda un rango supremo al factor laboral.

En el programa se subraya también el siguiente enunciado: "De ahí el pensamiento fundamental que nos guía; para la fusión orgánica permanente de Cuba en una sola nación es necesario que el Estado cubano se organice de acuerdo con los postulados del socialismo."⁶

Lo anterior es un pasaje muy importante; revela el carácter instrumental que las reformas socialistas revisten en el pensamiento político de los dirigentes de la "Joven Cuba". La meta era la emancipación nacional; el socialismo era el medio.

En sus postulados concretos, el programa de la "Joven Cuba" no era de liquidación del capitalismo sino únicamente de sus aspectos degenerativos. Los autores protestaban contra la existencia de tierras que quedaban inactivas, como era costumbre entre terratenientes, y contra la no explotación de las concesiones mineras, mas no contra el terrateniente como tal o contra las concesiones extranjeras. La nación cubana debía controlar la explotación de los recursos naturales en todo su territorio. Las reformas

⁵ De un escrito de Guiteras, inconcluso y sin título, que proporcionó Calixta Guiteras.

⁶ El programa de la "Joven Cuba" apareció en *Ahora*, 24 de octubre de 1934; también existe en forma de folleto, el cual se publicó en 1934, y se lo ha reimpresso muchas veces últimamente.

de modernización propuestas en el programa que debían afectar la estructura económica conducirían al surgimiento de una Cuba moderna, “puesta al día”, sin vestigios de atraso en su civilización. Por lo tanto, al pronóstico de una introducción de leyes laborales lo acompañaba una referencia a las decisiones de la Conferencia de Versalles; esto es, a la legislación de las modernas naciones europeas. De ahí el postulado de establecer oficinas estatales de registro separadas de las eclesiásticas; de ahí también la animosidad contra las propiedades improductivas, símbolos de atraso, mientras que a las propiedades ya existentes y productivas se las toleraba, aunque sin simpatía. De ahí, finalmente, la lucha hacia un aumento del papel del Estado en el control de la economía de tal suerte que el Estado ya no se encontrara indefenso y desgarrado por los capitalistas nacionales y extranjeros.

La emancipación nacional puede alcanzarse únicamente por la senda de los cambios revolucionarios dirigidos contra la dominación extranjera y el atraso interno; la experiencia del gobierno revolucionario ayudó a Guiteras a adquirir plena conciencia de esta tesis. El marxismo y el movimiento obrero dieron siempre al postulado de una revolución socioeconómica una posición autónoma y prioritaria, reconociendo en ella un fin en sí mismo.

La lucha por la independencia nacional maduró en Cuba durante largo tiempo. Toda esa época histórica la gestaba. Las observaciones que el representante británico en La Habana hacía ya en 1925 son de gran interés desde este punto de vista. En un informe anual para 1924, escribió que podía advertirse que Cuba desearía desempeñar un papel más serio en la política internacional. Pasaron 27 años desde el momento de lograr la independencia; agreguemos que una nueva generación ya regía al país. De acuerdo con el representante británico, gobernar La Habana se volvía cada vez más difícil para su colega estadounidense.⁷ Asimismo, la hostilidad popular contra los norteamericanos existía en Cuba desde hacía mucho tiempo y se hallaba muy generalizada.

Este pueblo cubano odia verdaderamente a esos condenados Nord Americanos [sic], quienes ganaron su independencia por ellos. Pude comprobarlo a cada paso, cuando aterricé en La Habana al día siguiente: no deseando alardear demasiado de mi español, le hablaba a la gente en inglés. Los más corteses contestaban en español: “No entiendo”, pero como regla general me encontré con miradas despectivas y encogimientos de hombros; a veces escupían vulgarmente detrás de mí, y eso era todo. Al hacer una pregunta en inglés a un caballero parado en la puerta de una tienda abierta con el inevitable cigarrillo pegado a los labios, éste me hizo el amable favor de responderme [...] en español, dándome la información que le pedía. Debo añadir enseguida que dicha información resultó falsa y me condujo directamente en dirección contraria.

⁷ Public Record Office, Londres (PRO), FO 371/10618, pp. 157-158.

Así escribió un periodista polaco emigrado que vivía en Estados Unidos y visitó La Habana a fines de la primera década de este siglo.⁸

Es característico de Machado haber tomado en cuenta lo anterior para su propaganda. Por una parte, hablaba sobre la necesidad de abolir la enmienda Platt, la cual confería a Estados Unidos el "derecho" a intervenir en los problemas internos de la isla, y, por la otra, trataba de abrir ante la nación una perspectiva para el progreso del país al lado de Estados Unidos como principal aliado. Esta fue la meta que en la política interna de Cuba trataría de alcanzar la Sexta Conferencia Panamericana que se celebró en La Habana en enero de 1928 y a la cual asistió el presidente Coolidge, el primer mandatario de un Estado extranjero que viajaba a Cuba. El gobierno cubano se desvivió porque los delegados se llevaran la impresión más favorable posible de la ciudad y el país: se ordenaron y repararon las calles, se remozaron las casas, se plantaron nuevos jardines, se reconstruyeron los edificios universitarios en donde tendrían lugar las reuniones. El éxito de la conferencia y las impresiones positivas de los delegados debían satisfacer el amor propio de los cubanos.

Los eslóganes sobre emancipación de la revolución de 1933 se dirigían precisamente en dirección opuesta. El establecimiento de un gobierno revolucionario fue un rompimiento *de facto* con el protectorado estadounidense. Al informar a la nación sobre la instauración de un nuevo gobierno en lugar del anterior régimen pro norteamericano, el Directorio Estudiantil proclamó:

¡Pueblo de Cuba! ¡He aquí tu logro, arrollador, cubano, sin añadido alguno de un intervencionismo más o menos solapado! ¡Pueblo de Cuba! ¡Te has unido a un grupo de naciones soberanas, y todas ellas te respetarán! ¡Acude pues en ayuda de la revolución que es tu propio logro, coopera para el mantenimiento del orden! ¡Larga vida a una Cuba libre y soberana!⁹

Septiembre de 1933 significó para Cuba algo así como una segunda independencia; así lo sentían también muchos círculos en esa época. Toda la opinión progresista de América Latina vio los acontecimientos como una lucha por la liberación del control norteamericano. Algunos meses más tarde, durante la Conferencia Panamericana en Montevideo, José M. Puig Casauranc, secretario de Relaciones Exteriores mexicano, declaró que la

⁸ W. Gorski. *W Hawanie* [En La Habana], Archivos de Nuevos Documentos, Varsovia, Archivo I. J. Paderewski, 4040, pp. 42-43. Treinta años después, otro autor polaco comentaba asimismo, después de visitar Cuba, que en este país "la mayor parte de la sociedad es antinorteamericana en su actitud". M. B. Lepecki, "Na wyspie Kubie" ["En la Isla de Cuba"], reimpresión en: *Wzdłuż dalekiego brzegu. Wybór reportaży z lat miedzwojennych* [Por costas extranjeras. Una selección de reportajes de Los años de entre guerras], Warszawa, 1966, p. 383.

⁹ *Bohemia*, 10 de septiembre de 1933.

situación en Cuba no era consecuencia de una "revolución de cuartel", sino de la lucha de Cuba hacia el logro de una independencia plena.¹⁰

Después de su nominación a la presidencia, Grau San Martín se negó a jurar lealtad a la Constitución de 1901, la cual incluía la enmienda Platt, considerando que con este acto rechazaba *de facto* dicha enmienda.¹¹ El 14 de septiembre de 1933 el gobierno revolucionario proclamó:

El Gobierno Provisional luchará ante todo por la preservación de la total independencia y soberanía nacionales, por el principio de autodeterminación de las naciones en la resolución de los conflictos internos y el principio de la igualdad de todas las naciones ante la ley.

Otro de los puntos confirmaba que Cuba respetaría todos los convenios internacionales realizados hasta entonces. Sin embargo, la expresión utilizada: "realizados espontáneamente", apuntaba visiblemente hacia la intención de los legisladores.

"A mi juicio, el uso del término 'espontáneamente' en este contexto implicaba la intención de dar por terminado un tratado permanente con Estados Unidos." Así interpretó Wells, el embajador estadounidense en Cuba, ese enunciado.¹²

El día de la nominación presidencial de Grau San Martín, en la prensa cubana y sobre los muros de ciudades cubanas aparecieron carteles que ilustraban de forma excelente el aumento del orgullo nacional y el sentimiento de independencia. En cada cartel se ve un turista norteamericano que contempla la bandera cubana, la cual ondea sobre una elevada asta: "¿Por qué ahora su bandera es más chica?", pregunta a los cubanos. "No es más chica, 'míster', es sólo que ondea más alto", le responden.¹³ Una de las anécdotas que permanece en el recuerdo del pueblo cuenta que cuando Grau salió al balcón para prestar juramento, se le avisó que tenía una llamada telefónica desde Washington. En realidad la llamada era de Manuel Márquez Sterling, el embajador cubano en Estados Unidos, pero Grau lo ignoraba, y contestó orgullosamente: "Diga a los de Washington que esperen, ahora estoy hablando a la nación cubana."¹⁴

Probablemente tenía la impresión de que la llamada provenía del Departamento de Estado. Es el tono el que hace la canción.* Esta anécdota,

¹⁰ Citado de B. Wood, *The Making of Good Neighbour Policy*, Nueva York, 1967, p. 97.

¹¹ R. Grau San Martín, *La revolución cubana ante América. Tres conferencias en el Centro de Estudios Pedagógicos e Hispanoamericanos de Panamá*, México, 1936, pp. 93, 96.

¹² "Estatutos para el Gobierno Provisional", en *Constituciones de la República de Cuba*, La Habana, 1952, pp. 131, 133; *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers*, 1933, vol. 5, Washington, 1952, p. 436.

¹³ L. E. Aguilar, *Cuba 1933. Prologue to Revolution*, Ithaca, Londres, 1972, p. 168.

¹⁴ Citado de M. Kuchilan Sol, *Fabulario. Retrato de una época*, La Habana, 1970, p. 96.

* En francés en el original.

sea verdadera o falsa, expone a las claras la actitud de Grau y la atmósfera de aquellos días.

Los dirigentes de la revolución de 1933 podían contar con un apoyo relativamente amplio para sus protestas contra la enmienda Platt, su tono antinorteamericano y su oposición a la dominación de Estados Unidos. A fines de septiembre de 1933 el corresponsal cubano del *New York Times* comentaba que las calles se encontraban llenas de manifestantes que exigían las concesiones más diversas pero concordaban en un aspecto: su hostilidad contra los estadounidenses. El único grito común era: “¡Abajo los norteamericanos!”¹⁵

El ministro británico supo que la embajada norteamericana, antes llena de cubanos, ahora se hallaba vacía. “Esto se debe en gran medida al movimiento antintervencionista, el cual se ha extendido a toda la población”, comentaba.¹⁶ Guiteras podía esperar apoyo cuando afirmaba que el principio fundamental de la revolución es mantener la “independencia política total de Cuba.”¹⁷

En lo tocante a los estratos sociales medios, Guiteras no podía confiar en un respaldo inquebrantable e incondicional: la organización ABC representaba ya durante la lucha contra Machado una relación con Estados Unidos distinta a la que sostenía el Directorio Estudiantil. Todo indica que, aunque nunca lo admitiera, la ABC deseaba una intervención directa del poderoso vecino de Cuba para derrocar al dictador. Los observadores supusieron que la campaña de actos terroristas de la ABC tenía como fin provocar el desembarco de los marines norteamericanos. Cuando el embajador de Estados Unidos emprendió labores como mediador entre Machado y la oposición, la organización consintió en participar en los procedimientos de mediación. El Directorio, por su parte, se rehusó categóricamente, dado que veía en la mediación misma un síntoma de la intervención estadounidense en los asuntos internos de Cuba.

La ABC presentó su participación en la mediación como una maniobra táctica, recalcando que al entrar en ella presentaba condiciones de las cuales hacía depender su participación. Bien es verdad que en el transcurso de las pláticas preliminares la ABC entregó a Wells un memorándum en donde indicaba que entraría a la mediación confiando en la promesa del embajador de que ésta no constituiría una “intervención extranjera”, sino una tarea emprendida dentro del marco de “una acción amistosa de un gobierno amistoso, dirigida a restaurar la paz en la República con base en la igualdad y las luchas de la nación y sin violar, como tal, la soberanía de esta nación”.¹⁸

Sin embargo, la izquierda nunca perdonó a la ABC la postura que había adoptado.

¹⁵ R. H. Phillips. *Cuba. Island of Paradox*, Nueva York, s.f., p. 79.

¹⁶ PRO, FO 371/16574, segunda paginación pp. 109-118.

¹⁷ De un escrito de Guiteras, inconcluso y sin título, que proporcionó Calixta Guiteras.

¹⁸ AN Hav., FE, Caja 37, núm. 12.

Tras el derrocamiento de Machado, la ABC participó en el efímero gobierno pro norteamericano de De Céspedes y más tarde se opuso al régimen revolucionario. El 8 de noviembre tomó parte en un levantamiento antigubernamental que duró unos cuantos días y fracasó. A medida que disminuían las oportunidades para la victoria del movimiento de insurrección, los dirigentes de la ABC comenzaron a depender cada vez más del auxilio e intervención de Estados Unidos, la cual, empero, nunca llegó, ya que Roosevelt no deseaba comprometer la política de buena vecindad que por aquella época lanzó, dirigiéndola hacia la opinión pública latinoamericana.

No obstante, la ambivalencia de la actitud que los estratos medios adoptaban hacia Estados Unidos era aún más honda que las divergencias políticas. Grupos enteros entre la población cubana se hallaban tan cercanos a Estados Unidos y Cuba guardaba tanta relación con ese país que probablemente no habrían vacilado en convertir a Cuba en uno de los Estados de la Unión. Una gran parte tanto de la burguesía como de los estratos medios sostenía relaciones con la economía, turismo, civilización y cultura estadounidenses. Para algunos, Estados Unidos representaba un aliado en la reciente lucha contra España. Lo estrecho de tales vínculos fue precisamente lo que dio origen a sentimientos contradictorios entre los estratos medios cubanos: una fuerte aversión o franco odio por una parte y un sentimiento de proximidad y correspondencia con el vecino por la otra.

El hecho de que Estados Unidos no reconociera al gobierno revolucionario determinaba las oportunidades de supervivencia de éste, puesto que debilitaba su posición a los ojos de las clases medias cuya emanación *sui generis* él constituía. Los estratos medios no creían que pudiera sobrevivir un régimen que no obtuviera el reconocimiento norteamericano. Al conducirse de acuerdo con este criterio, ellos mismos sentaron las bases de una profecía que se cumplió con la caída del gobierno revolucionario. El apoyo a la actitud antinorteamericana del gobierno se redujo notablemente al pasar el tiempo. Cuando, después de una breve ausencia para consultar con Roosevelt, Wells volvió a Cuba el 29 de noviembre, se lo recibió con gritos de entusiasmo. Cuando el 21 de diciembre el gobierno organizó una manifestación de muchos miles de personas para recibir a Caffrey, el nuevo embajador estadounidense (quien había llegado tres días antes), fuera de la embajada se reunieron multitudes para protestar contra la enmienda Platt y mostrar su respaldo a Grau San Martín. Sin embargo, al aparecer Caffrey en el balcón se le dispensó una calurosa acogida. Los observadores vieron desaparecer los casos de animosidad personal contra los norteamericanos, fenómeno quizá no tan importante en sí mismo, pero que reflejaba un cambio en el ambiente político.

La relación entre las clases medias y el pueblo era igualmente ambigua. El llamado a depositar "todo el poder en manos de los consejos de obreros, campesinos y soldados" que proclama el partido comunista produjo en esa época un movimiento poderoso y organizado de los trabajadores para adueñarse de las plantaciones azucareras. Guiteras intentó unir las dos tenden-

cias de la revolución: la que él mismo representaba y la del proletariado. No tuvo éxito en su empresa, debido sobre todo a la política partidista, que el mismo partido admitió posteriormente como un error, de no ponerse en contacto con grupos no proletarios. Sin embargo, es interesante observar que la postura que Guiteras adoptó no era en modo alguno universal entre los estratos medios. Amplios círculos de las capas medias acusaron al régimen de Grau San Martín de combatir débilmente al movimiento obrero y hasta de alentarlos con decretos concernientes a cuestiones económicas y sociales. El 22 de septiembre, el periódico derechista *Diario de la Marina*, en un comentario a uno de los manifiestos comunistas de la provincia de Oriente, publicó esta declaración típica: "Si [...] el gobierno no participa en el juego, Cuba se transformará en un gran Mabay."¹⁹ (Mabay era el nombre de una de las plantaciones azucareras ocupadas por obreros.) En esta afirmación se encuentra el meollo del asunto: revela el temor de los estratos medios a que en Cuba pudiera realmente darse una victoria de los consejos de obreros, campesinos y soldados.

A menudo a los estratos medios les alarmaba también la política del gobierno revolucionario, pero las suyas eran aprensiones a otro nivel que no correspondían a un verdadero miedo. El nacionalismo revolucionario, el movimiento estudiantil, los postulados de reformas desde arriba, todo esto lo conocían bien los estratos medios aunque no fuera afín a todos sus círculos. Les asustaba más bien el movimiento creciente de los estratos inferiores de la sociedad, el cual les resultaba desconocido, ominoso y aterrador. En el diario de la esposa de un corresponsal del *New York Times Cuban*, diario que se hacía eco del sentir de las clases medias locales, se puede encontrar una escena típica con fecha 16 de noviembre. Durante un encuentro con Eddie Chibás, un conocido suyo del Directorio Estudiantil, la autora le dijo brevemente lo que pensaba sobre el gobierno "estudiantil" y agregó que la nación entera también estaba harta. Ella escribió que Chibás prácticamente montó en cólera,²⁰ pero que a pesar de su diferencia de opiniones pudo hablar y discutir con él, ya que, después de todo, Chibás era un conocido, un miembro de su mismo grupo social con quien podía conversar en el mismo idioma. La autora reaccionó ante él como si se tratara de un niño malcriado, aunque simpático. Por otra parte, a ella no le era en absoluto simpático que los obreros tomaran las propiedades y plantaciones azucareras; es más, era casi incapaz de discutir con ellos. Desde su punto de vista, esto es, desde el punto de vista de las clases medias, ellos resultaban más peligrosos que la presencia de buques norteamericanos alrededor de la isla y aun que el mismo embajador Welles.

Para los estratos medios, la pleamar del movimiento de masas era aún más inquietante, dado que constituía en alto grado un movimiento de la

¹⁹ Citado de U. Estrada, "En el treinta aniversario del soviét de Mabay", *Boletín del Archivo Nacional*, 1963, vol. 63, p. 133.

²⁰ R. H. Phillips, *Cuban Sideshow*, La Habana, 1935, p. 220.

población negra. A comienzos de noviembre, el vicecónsul británico informó desde Santiago de Cuba: "Se dice que el elemento rojo está ganando terreno en esta ciudad, y se teme una guerra racial."²¹

Esta unión de dos noticias es muy característica; las llamadas clases superiores creían universalmente que la población de color comenzaba a rebelarse y exigir igualdad de derechos. Incluso los aspectos comunistas del fenómeno perdían importancia en comparación con las perspectivas de conflicto racial. Se decía que podían verse los eslóganes "Negro, toma para ti una mujer blanca". Una gran participación de la población de color en las manifestaciones revolucionarias recibió de la burguesía de La Habana el calificativo de "muchedumbres de negros y mulatos sucios y harapientos".²² El apoyo de la población negra a ciertos decretos gubernamentales produjo asimismo una gran impresión.

Se recordaban escenas de 1912, cuando unos 3 mil negros y mulatos murieron asesinados en respuesta a la acción armada del Partido Independiente de Color, el cual pugnaba por una auténtica igualdad de derechos para la población negra. Comenzaron a aparecer organizaciones contra los negros; probablemente bajo el régimen de Grau San Martín surgió en La Habana una organización secreta similar al Ku Klux Klan. Un detalle característico fue que durante la revuelta de noviembre los participantes expresaran lemas contra un gobierno que respaldaba a los negros. Los conflictos reales entre la población blanca y la de color eran superficiales pero tenían grandes repercusiones.

La imagen de una muchedumbre plebeya y la visión de los negros saqueadores que aparecieron en el centro de La Habana como una gran fuerza después de la caída de Machado, persiguieron a los estratos medios durante todo el período revolucionario.

Amplios círculos de las clases medias se enfrentaban a regañadientes a la alteración de los intereses y orden cotidianos que acompañaba inevitablemente a toda revolución. Eran incapaces de encarar la situación de continuo desasosiego, nuevos acontecimientos y ambiente caldeado; y asimismo lo eran para lidiar con los combates en la ciudad y provincias, las maniobras de la marina estadounidense, las huelgas, las manifestaciones comunistas y la explosión de bombas que colocaban los oponentes al régimen revolucionario, quienes realizaban una campaña terrorista.

La atmósfera de temor era por sí misma un factor que actuaba independientemente de las tendencias políticas que encerraba. Es característico que las clases medias, y especialmente los comerciantes, empezaron a formar comités para su propia defensa y la de sus propiedades. El ministro inglés delineó el panorama de fines de septiembre de 1933 en los siguientes términos:

²¹ PRO, FO 277/225.

²² R. H. Phillips, *Cuban Sideshow...*, p. 151.

La situación se deteriora; los soldados son indisciplinados; los elementos leales [al gobierno anterior—M. K.] poseen armas; los negros se muestran arrogantes, y si se desata una revolución o revuelta las masas quedarán fuera de control, se entregarán al pillaje, etcétera.²³

Este temor también lo compartían los estratos medios, y era tanto más intenso cuanto que todo temor tiende a crecer exageradamente. El corresponsal del *New York Times* y su esposa viajaron durante la primera semana de noviembre de La Habana a Cienfuegos: “Todos nos aconsejaban no ir, ante las noticias de huelgas en casi todos los ingenios azucareros y de bandidos que recorrían el país”, comentaban en su diario. Al llegar, les asombró la calma que reinaba en las provincias; no hallaron nada parecido al Hades que esperaban.²⁴

Grandes círculos entre los estratos medios encontraban también imposible aceptar el estilo de actividad que el gobierno revolucionario había elegido y la atmósfera de poder ejecutor. Tanto el embajador Welles como el corresponsal del *New York Times* escribían que al país lo gobernaban 20 estudiantes cuya edad variaba entre los 20 y 30 años; en su opinión, cuanto menos experiencia tenían los miembros del gobierno, más notable era su influencia. Probablemente los estratos medios cubanos veían la maquinaria del poder en la misma forma, y no andaban lejos de la verdad: los comités estudiantiles llevaban a cabo “purgas” en los ministerios. Los estudiantes acompañaban a los soldados enviados a las provincias. Se apoderaban de puestos de funcionarios públicos que habían laborado en oficinas gubernamentales durante muchos años, ya sea despidiendo a los que habían cooperado con el régimen de Machado, lo cual no era muy difícil de probar tratándose de empleados administrativos, o tildándolos de no ser lo bastante revolucionarios, lo cual también era fácil de demostrar, por regla general. En Cuba, donde una parte importante de las capas medias sostenía vínculos con una burocracia exageradamente desarrollada, y donde el culto al funcionario público, abogado y “licenciado” * era descomunal (fenómeno que no era raro en un Estado de organización reciente), tales medidas crearon gran impresión. Lo mismo puede afirmarse sobre el caos que tales actos producían inevitablemente.

Se dieron acontecimientos incomprensibles desde el punto de vista de la clase media: cualquiera podía entrar en el lugar; adentro se agolpaban estudiantes que rodeaban a Grau San Martín y alzaban la voz unos sobre otros para recordarle diversos asuntos. Un periodista escribió que la impresión general era la de un período de exámenes en la universidad, sólo que en este caso el profesor-presidente del Estado era quien se sometía a examen. El Palacio semejaba una mezcla de día de fiesta estudiantil y cuartel revolucionario. Las malas lenguas afirmaban que los estudiantes

²³ PRO, FO 371/16575, pp. 149-151.

²⁴ R. H. Phillips, *Cuba...*, p. 103.

* En español en el original.

eran no sólo los gobernantes, sino también los clientes de la cocina presidencial, la cual servía comidas a gran velocidad.²⁵ Este clima específico resultaba extremadamente conspicuo para los observadores contemporáneos. Cuando el ministro británico escribió con irritación que "Todo el mundo dice 'política', 'política' * y a ratos tal parece que viviéramos en un manicomio",²⁶ no sólo expresaba sus propios sentimientos. Para la burguesía de La Habana, la atmósfera dominante era una de irresponsabilidad, tan provisional y poco serio parecía todo; semejaba un jugar a detentar el poder que no podía durar. No se pagaban impuestos por temor a que las futuras autoridades los exigieran de nuevo. Se dejaban los artículos importados en el puerto para no pagar derechos de aduana. Se suspendió toda operación de crédito. Todos querían aguardar simplemente a que pasara la situación. Cuanto más tendía la gente con el tiempo hacia un gobierno sólido y armado, hacia el orden y la estabilidad, menor era la oportunidad de supervivencia para el gobierno revolucionario. El hecho de que la organización "Joven Cuba" encontrara mucho menos respaldo social del que hubiera deseado su fundador, puede explicarlo, al menos parcialmente, una evolución en las actitudes de los estratos medios. Los sentimientos de un burgués promedio de La Habana, hastiado de una "revolución permanente", se reflejan bien en una carta anónima de ese período que se conservó entre los papeles del presidente contrarrevolucionario de Cuba, Carlos Mendieta:

Al honorable Cnl. Mendieta. Al Cnl. F. Batista. Al Tte. Cnl. J. Pedraza.

Señores:

A los sabios decretos que Uds. han emitido a fin de poner término a la anarquía reinante, deben añadirse otros subsecuentes, no menos importantes para el mantenimiento de una paz permanente. En mi calidad de ciudadano honesto, y con este objetivo en mente, me permito aconsejar lo siguiente:

—Dividir la universidad y el liceo en dos partes, cada una de las cuales sería transferida a Camagüey con el fin de separar a los estudiantes.

—Despedir de sus puestos a los catedráticos o conferencistas que al proclamar ideas desintegradoras faltan a su vocación.

—En caso de descubrir a un estudiante comprometido en actos terroristas, de sabotaje, etcétera, debieran aplicarse sanciones no sólo contra él, sino también contra la familia con la cual vive. A la familia de un estudiante terrorista se la debiera exiliar a no menos de 200 millas (322 km) de su lugar de residencia. Después de todo, se sabe que los padres son responsables en gran medida de las actividades de sus hijos. A los padres de tales estudiantes que sean empleados del

²⁵ *Ibid.*, p. 73.

* En español en el original.

²⁶ PRO, FO 371/16575, pp. 204-210.

Estado, cuya caída persiguen sus hijos, se les deberá retirar y anular su salario.²⁷

En su carácter de anónima, esta carta era simbólica. No obstante, Guiteras no apreciaba este tipo de síntomas; en su deseo de continuar la lucha, juzgaba a demasiada gente según sus propias normas.

Sería tema de otra investigación decidir en qué medida estos rasgos de la postura que adoptaron los estratos medios eran la consecuencia de una situación histórica concreta en Cuba durante 1933 y hasta qué grado eran el subproducto inmanente de las características sociológicas del estrato como un todo. A su vez, la gran diferenciación de los estratos medios de la sociedad vuelve necesaria una reflexión sobre el problema de si ciertas actitudes nacen solamente de divisiones políticas o si las determinan más profundamente las características sociológicas de los grupos particulares que las representan.

En 1933, las actitudes de los estratos medios de Cuba y su ambivalencia encerraban una de las fuentes del debilitamiento del gobierno revolucionario. ¿Acaso los gobiernos emanados de los estratos medios eran igualmente débiles en otros procesos revolucionarios? y si no lo eran, ¿por qué? Los rasgos de esta actitud de los estratos medios, ¿se dan universalmente en movimientos revolucionarios similares? Tales incógnitas, trascendentales para la comprensión de la historia contemporánea del Tercer Mundo, pueden esclarecerse sólo a través de una investigación comparativa para la cual este tema representa un campo promisorio.

²⁷ AN Hav., FE. Caja 28, núm. 11.